

Psicología Social 24/08/06.  
Prof. Laura Manzi

~~SOLAMENTE~~

# Comportamiento Colectivo y Movimientos Sociales

## Un enfoque psicosocial

Federico Javaloy

Con la colaboración de

Álvaro Rodríguez

Esteve Espelt

Universidad de Barcelona

IV Registro de Servicios de Investigación y Análisis de Opinión de Consumidores  
Teléfono: 91 481 5100  
Fax: 91 481 5110  
E-mail: [info@opinion-sc.com](mailto:info@opinion-sc.com)  
www.opinion-sc.com

MUESTRA GRATIS  
SIN VALOR COMERCIAL  
FOTOCOPIAR Y REPRODUCIR  
(LEY 17/79)



Madrid • México • Santiago de Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Lima • Montevideo  
San Juan • San José • Santiago • São Paulo • White Plains

## **COMPORTAMIENTO COLECTIVO Y PSICOLOGÍA SOCIAL EN UN MUNDO CAMBIANTE**

---

### **●EXPLOSIÓN DE COMPORTAMIENTO COLECTIVO EN LOS AÑOS 60**

- El efecto de la protesta en la investigación
- La onda expansiva de los 60

### **●UN CAMPO MULTIDISCIPLINAR**

### **●EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO EXIGE UNA EXPLICACIÓN PSICO- SOCIAL**

- Del rechazo de la psicología social al «giro psicosocial» • De la orientación individualista al interés por la conducta colectiva

### **●LA PSICOLOGÍA SOCIAL NECESITA ESTUDIAR EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO**

- Estudio de situaciones y respuestas nuevas *versus* situaciones y respuestas estándar • Modelo activo de ser humano como agente de cambio social *versus* modelo pasivo • Disciplina comprometida *versus* disciplina academicista

### **●PROBLEMAS SOCIALES, ACCIÓN COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL**

- Problemas sociales e injusticias que «no se ven» • Tres etapas del problema social • Barreras a la solución de problemas sociales y acción colectiva: una imagen de nuestro mundo
-

*Aunque el estudio del comportamiento colectivo y los movimientos sociales se remonta a finales del siglo XIX, el notable interés que despierta el tema actualmente es el resultado de inesperados acontecimientos que se desarrollaron en una época todavía no lejana.*

## **EXPLOSIÓN DE COMPORTAMIENTO COLECTIVO EN LOS AÑOS 60**

Los años 60 fueron una sorpresa casi constante para psicólogos sociales y sociólogos. Nadie había podido prever una década de protesta que ciertamente carecía de precedentes semejantes en nuestro siglo. Uno de los más finos observadores de los 60 ha descrito la situación de esta forma: «Después de anunciarse el *fin de la ideología*, no teníamos otra cosa que ideologías; después de las descripciones de masificación y de una humanidad unidimensional, nos encontramos con un tejido multicolor de causas diversas y con juventudes desinteresadas y animosas que arriesgan su vida y su carrera» Perrow (1979, 192).

Ciertamente, las manifestaciones de solidaridad, disturbios estudiantiles, huelgas de hambre hacen saltar por los aires un tópico de la época: el de una juventud materialista, sin ideales en el horizonte y satisfecha de haber nacido en el período más prolongado de prosperidad del siglo XX. Las canciones de protesta de los ídolos del momento, como Bob Dylan o Joan Baez, tampoco cuadran con ese tópico.

Los científicos sociales han visto en los años 60 la década de los movimientos sociales. En ella nacen o alcanzan su apogeo movimientos de tipo reformista como los de derechos civiles, estudiantil, ecologista y de liberación de la mujer. Surgen también movimientos religiosos, como Hare Krishna, la secta de Moon o los Niños de Dios en esta época de insólita creatividad social. La espiral de la protesta alcanza su cima en mayo del 68, con su amplia resonancia internacional. La revuelta estudiantil en España fuerza a las autoridades franquistas, al borde del ataque de nervios, a cerrar las universidades y decretar el estado de excepción en todo el país.

### **El efecto de la protesta en la investigación**

La efervescencia de movimientos sociales en los 60 tuvo un eco inmediato en la investigación cambió profundamente, en cuanto a productividad y orientación, el panorama del comportamiento colectivo. Así, en una recapitulación hecha en 1975 sobre el estado del campo, se constató el aumento espectacular de literatura sobre comportamiento colectivo y movimientos sociales, notándose que tan sólo en el período 1969-1975 aparecieron ¡más del doble de libros especializados en esta área que en los 25 años anteriores! (Marx y Wood 1975, 363). Por otra parte, hasta el año 1970, el estudio de los movimientos sociales no había sido más que una pequeña parte dentro de la investigación del comportamiento colectivo, pero los cambios ocurridos invirtieron los papeles, y el estudio de los movimientos sociales se convirtió en el centro de interés de los estudios de la acción colectiva.

La actitud que adoptaron los sociólogos norteamericanos a partir de finales de los 60 ante la agitación colectiva provocada por los movimientos sociales fue diferente de la posición pasiva tomada en la época anterior, destacándose la existencia de «un número creciente de investigadores activistas, que ven el estudio del comportamiento colectivo como una forma de promover el cambio social» (Marx y Wood 1975, 364).

## La onda expansiva de los 60

Lo acontecido en aquella agitada década sólo fue el comienzo de un duradero *ciclo de protesta* cuyos efectos se han prolongado hasta la actualidad (Klandermans 1997). Midiendo el impacto político de los hechos en Europa, concretamente en Holanda, señala el mencionado autor, que «desde esa época en adelante, la historia política del país ya no volvería a escribirse sólo en el parlamento, en las urnas electorales y en la mesa de negociación, sino en las calles, en las salas de asambleas... como resultado de la acción colectiva concertada» (1997, 1).

Otras voces confirman que, a partir de los años 60, los movimientos sociales y las acciones de protesta han llegado a ser, en mayor o menor grado, un componente permanente de las sociedades occidentales (Della Porta y Diani 1999; Kriesi y otros 1995). Fue pues completamente errado el juicio de los que creían que la oleada de protestas de fines de los 60 constituía un fenómeno pasajero hasta el punto de que se ha llegado a denominar a la sociedad en que vivimos *sociedad de movimientos* (Neidhart y Rucht 1991), o más bien, *sociedad de comportamiento colectivo*, como justifica Johnston (1998, 467).

Es cierto que el eco de la protesta no tiene realmente en la actualidad la virulencia que alcanzó entonces, pero la semilla de muchos movimientos sociales entonces iniciados se ha desarrollado hasta el punto de que la protesta ha dejado de ser una conducta extraordinaria para convertirse en normal. A lo largo de los 80 vuelve a sorprendernos el despliegue de amplios movimientos a favor de las libertades democráticas en la mayor parte de los países comunistas europeos que culminan en la desintegración del bloque soviético. Las dos últimas décadas han sido testigos del surgimiento de movimientos de solidaridad a favor del Tercer Mundo, de la lucha colectiva contra la pobreza y del auge del movimiento de derechos humanos, mientras que se ha multiplicado la aparición de ONG que impulsan los nuevos movimientos.

Aunque hasta aquí hemos resaltado el acento político de la protesta, la realidad es que el desafío iniciado en los años 60 no se centra tanto en la demanda de cambios políticos como en la exigencia de una transformación profunda de nuestra cultura, de sus valores, creencias, normas y estilos de vida. Se trata de una verdadera *revolución cultural* que ha constituido un rasgo distintivo de las últimas décadas, y se ha traducido en la acción de movimientos sociales en demanda de un mundo más justo y solidario. Esta revolución, heredera de la filosofía humanista de la Ilustración, está suponiendo una ruptura con los esquemas tradicionales de signo autoritario que han venido imperando hasta nuestros días.



**Comportamiento colectivo en acción****MAYO DEL 68: LA REVOLUCIÓN EN LAS PAREDES**

El mayo del 1968 se revolucionó en un mundo de guerra fría y Francia entera se tambaleó. Que que más los estudiantes? Que sentían? Que ideales les movían? Su grafiti no fue la respuesta ya que los estudiantes estaban parados en las calles y sus discusiones en los muros de la universidad. Como les faltaba un medio para hacer oír su voz, los grafiti y pintadas fueron la prensa y la televisión que nunca tuvieron (Sempere 1977). Un canal de comunicación alternativo, accesible, improvisado y espontáneo.

Ello estimuló la vivacidad, brillantez y sobre todo la espontaneidad de sus mensajes debido a su falta de reglas, ausencia de institucionalización y cuestionamiento. Todo esto lo convirtió en una comunicación que se movió con la que además fue una manera de ganar la calle. No se trataba de consignas políticas en el sentido tradicional sino que más bien eran anuncios públicos de sentimientos y deseos privados donde el subjetivismo era su esencia (Hobsbawm 1994: 314).

Hemos clasificado en la tabla que aparece más abajo algunos de los grafiti más significativos de la postura ideológica de los estudiantes teniendo en cuenta una recopilación de la época *Les années anti autoritaires* (Tchou 1968) y de acuerdo con los tres elementos que Touraine (1978) distingue en un movimiento social: identidad, góndez que los estudiantes tienen de sus mismos (de "quién es somos nosotros") y adversario o idea que unen del enemigo contra el que luchan (quién es mi enemigo) y objetivo o meta que persiguen. Los grafiti de contenido similar en el contenido han sido agrupados en cuatro bloques temáticos que aparecen separados por asteriscos.

Analizando el contenido de los grafiti en unida de cada uno de los cuatro bloques documentados en esta columna vamos a encontrarlos con el siguiente contenido:

Por consiguiente, los estudiantes se rebelaron contra el sistema y sus valores, como maestros, como jueces, como líderes (Gottfried Benoit) proclamao desobediencia y objetos pero el poder está en la calle, es decir en ellos y en su acción revolucionaria. Por ello, confían en sí mismos y se sienten hombres libres e independientes que exigen justicia y luchan por su dignidad. Han tomado conciencia de la situación (over-crowd) y sus lenguas se ha desahogado y hablan con toda espontaneidad.

**Contexto.** Su enemigo es el sistema y el poder que lo mantiene y por eso el lenguaje de la clase dominante es conservadora. Un medio común para ser un parte de comunicación que está pasando y sus instituciones de la época como el sistema repressivo hasta los medios de comunicación y la educación también son enemigos los que se quieren pasivamente destruídos.

**Objetivo.** Se persigue como meta última una altopción revolucionaria consumida por la insubordinación y el deseo pero se exige la libertad de palabras y el fin del autoritarismo. La revolución que implica aceptar el uso de medios violentos no es incompatible con el ideal de comunismo de amor libre.

La única los estudiantes pretenden un cambio cultural que promueva la imaginación, la creatividad, la libertad de expresión y el arte como un fin en sí mismo y como un fin en sí mismo. Ellos quieren de inmediato como un fin en sí mismo el fin de la autoridad y autoritarismo y la liberación personal y la liberación social sean estrechamente unidas. Ellos quieren las drogas, gran parte de la fuerza de trabajo, la cultura y el poder y las normas sociales (Hobsbawm 1994: 314) hace el amor y hacer la revolución un modo de separarse con claridad.

Estos cambios producidos en los valores y creencias propios de nuestra cultura justifican el incremento de interés en los psicólogos sociales por la huella que ha dejado la acción colectiva incluso sobre nuestra vida cotidiana (Johnston y Klandermans 1995). Un exponente significativo de las características del cambio cultural que preconizan los

movimientos recientes lo encontramos ya en el mensaje que transmitieron los estudiantes franceses en mayo del 68 (véase Cuadro 1.1).

**Tabla 1.1**

**GRAFFITI MÁS SIGNIFICATIVOS DE LA POSTURA IDEOLÓGICA DE LOS ESTUDIANTES**

Identidad	Adversario	Objetivo
Todos somos indeseables Todos somos judíos alemanes ¡Escóndete! Objeto Es proletario el que no tiene ningún poder sobre su vida cotidiana y lo sabe ****	El «no importa qué» erigido como sistema Si continúas provocando al mundo, el mundo va a protestar enérgicamente ****	La imaginación al poder Bajo los adoquines está la playa Sed realistas, pedid lo imposible Tomo mis deseos por realidades porque creo en la realidad de mis deseos ****
El poder está en la calle No hay pensamientos revolucionarios, sólo hay actos revolucionarios Corre, camarada, el viejo mundo va detrás de ti ****	Burgueses, no habéis entendido nada Cuando el dedo señala la luna, el imbécil mira el dedo La burguesía no tiene otro placer que el de degradarlos todos Cuando el respeto se pierde, no vayáis a buscarlo ****	Prohibido prohibir Todo se tolera menos la intolerancia Todo lo que es discutible hay que discutirlo Liberad la expresión Desabrochad vuestro cerebro... La palabra es un cóctel molotov... ****
No reivindicamos nada, lo cogemos El derecho a vivir no se mendiga, se toma Un derecho justo no se pide, se lucha por él Ceder un poco es capitular mucho No estoy al servicio de nadie El hombre no es estúpido o inteligente: es libre o no lo es ****	Si encuentras a un policía, rómpele la cara La policía os habla cada noche en la ORTF La televisión: la voz de su amo La Economía está herida ¡que reviente! El educador debe ser educado ****	La barricada cierra la calle pero abre el camino Si hay que recurrir a la fuerza, no os quedéis a mitad de camino El poder está en la punta del fusil Seamos crueles ¡Enfureceos! (Enraged vous!) ****
Llegué, vi y creí Aquí se "espontanea" Tengo algo que decir pero no sé qué	Que mueran los tibios El aburrimiento es contrarrevolucionario	Las reservas impuestas al placer excitan el placer de vivir sin reservas Ya van 10 días de felicidad Disfruta sin barreras y vive sin tiempos muertos Haced el amor y volved a empezar Abraza a tu amor sin dejar el fusil

**UN CAMPO MULTIDISCIPLINAR**

El estudio del comportamiento colectivo, en cuyo campo los movimientos sociales constituyen actualmente el área más importante, constituye un dominio interdisciplinar que ha experimentado un notable desarrollo en época reciente. Entre las ciencias sociales que comparten su dedicación a este campo, destacan la sociología, psicología social, historia y antropología cultural, contándose además con las contribuciones de la psicología general.

La sociología se interesa por la relación entre la estructura social y la aparición y desarrollo del comportamiento colectivo, habiendo sido especialmente notables las contribuciones de la sociología política, que tiende a ver los movimientos sociales como un elemento más (aunque relevante) del proceso político, y la sociología de las organizaciones, que ha centrado su atención en el nivel organizativo del movimiento social y en el surgimiento de organizaciones en su seno. La sociología del conflicto y la sociología del cambio social se hallan especialmente conectadas con el estudio de los movimientos sociales ya que constituyen a la vez un factor causal y un efecto de ellos.

Los historiadores, que tradicionalmente habían incluido fugazmente en sus relatos descripciones de interacciones colectivas, prestan hoy atención creciente a los movimientos sociales como factor, a veces decisivo, del devenir histórico. La antropología ha descubierto que, al entrar en contacto culturas poco evolucionadas con la civilización occidental, han aparecido frecuentemente movimientos de tipo nativista y milenarista.

El interés del psicólogo se ha centrado en la personalidad del participante en el comportamiento colectivo y, cuando ha empleado una perspectiva clínica, ha tendido a acentuar aspectos considerados como patológicos.

Si la sociología ha volcado su atención en los factores socioestructurales que influyen en el comportamiento colectivo y la psicología ha mostrado interés por las variables individuales, la atención del psicólogo social se ha volcado, en cambio, sobre la relación entre uno y otro tipo de variables, y ha visto el comportamiento colectivo y los movimientos sociales como uno de los ejemplos más característicos de la [interacción entre el individuo y la sociedad] = "conducta social"

Ello influyó en el hecho de que, entre todas las ciencias sociales, fuera la psicología social la pionera en el estudio del comportamiento colectivo, hasta el punto de que los orígenes de la disciplina se confunden con los de dicho estudio.

## **EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO EXIGE UNA EXPLICACIÓN PSICOSOCIAL**

Siendo objeto de la psicología social el estudio de la conducta social, es decir, la interacción entre el individuo y la sociedad, resulta obvio que la investigación del comportamiento colectivo y de los movimientos sociales, que son formas significativas de esta interacción, caen de lleno en el campo de la disciplina y podría parecer absurdo que los estudios de acción colectiva excluyeran el punto de vista psicosocial. Pero esto es precisamente lo que ocurrió hace tres décadas.

### **Del rechazo de la psicología social al «giro psicosocial»**

Ciertamente, resulta chocante prestar atención al hecho de que gran parte de los sociólogos norteamericanos rechazaron en los años 70 las explicaciones psicosociales de la conducta colectiva argumentando que distorsionaba gravemente la comprensión de

dicha acción por considerarla falta de racionalidad o simplemente patológica. Se llegó a afirmar entonces que la perspectiva psicosocial de la conducta colectiva era «estúpida» y actuaba como una «camisa de fuerza» (Gamson 1990, 130) al desvirtuar el significado político de la protesta e impedir comprender sus raíces sociales.

La evidente exageración de tales afirmaciones se basaba en la errónea identificación de la perspectiva psicosocial con la posición irracionalista de Le Bon (1895) cuya influencia en la disciplina se hizo notar durante largo tiempo. A ello contribuyó también la desatención de muchos psicólogos sociales hacia el contexto político en que se producían los problemas que estimulaban la acción de los movimientos sociales.

Como suele ocurrir otras veces, cuando se extrema una postura suele aparecer una reacción contraria que tiende a equilibrar la balanza. La reacción se hizo sentir en la década de 1980, denunciándose la pretendida objetividad del enfoque puramente político y organizacional que preconizaban los críticos y exigiendo se prestara atención también a la experiencia subjetiva compartida por los participantes de la acción colectiva. (Killian 1980; Zurcher y Snow 1981; Ferree y Miller 1985). La situación creada fue elocuentemente resumida con estas palabras: «Las críticas hacia la tradición (psicosocial) de la conducta colectiva ¿han arrojado el bebé con el agua de la bañera al excluir el análisis de los valores, normas, ideología, proyectos, cultura e identidad y reducir los análisis a términos instrumentales?» (Cohen 1985, 688).

Consecuentemente, se produjo un *giro psicosocial* en el estudio de la conducta colectiva (Snow y Oliver 1995, 572). El análisis de las creencias compartidas por los participantes y del proceso a través del cual se han formado tales creencias en el grupo adquirieron una importancia decisiva. El cambio de actitud operado en los estudiosos de la acción colectiva fue tal que, al inicio de los años 90, afirmaba Gamson (1992, 55): «Muchas de las cuestiones más importantes que animan los trabajos actuales sobre movimientos sociales son intrínsecamente psicológicas», destacando entre dichas cuestiones cuatro aspectos clave del activismo: la construcción de una identidad colectiva, la solidaridad, la concienciación y la movilización de participantes a través de redes sociales.

De esta forma, la psicología social, que había sido la cuna de los estudios de conducta colectiva recuperó el espacio perdido. Se volvió a descubrir la importancia de los factores psicosociales para comprender la dinámica de los movimientos sociales con lo cual se pudo «restablecer la conexión entre la psicología social y el estudio del comportamiento colectivo», con lo que la psicología social «volvió a formar parte de la tendencia dominante» (Snow y Oliver 1995, 573).

## **De la orientación individualista al interés por la conducta colectiva**

El individualismo, que ha marcado con insistencia la historia de la psicología social psicológica, es decir, la psicología social de orientación psicológica, a diferencia de la orientada sociológicamente, ha representado un obstáculo para que la disciplina pudie-



ra aplicarse al estudio de la conducta colectiva. A ello puede añadirse una arraigada tradición experimental de una disciplina que ha descuidado su interés por los fenómenos de más amplia envergadura social, entre los que se hallan los de tipo colectivo, que difícilmente pueden ser reproducidos en el laboratorio. Un indicador altamente significativo de la marginación de la conducta colectiva en la psicología social psicológica lo constituye el hecho de que en la mayoría de manuales de la disciplina no figuran capítulos sobre conducta colectiva y movimientos sociales (son excepciones, por ejemplo, Moscovici [1984], Jiménez Burillo [1981] o Morales [1999]). Realmente, se trata de una paradoja que esto ocurra precisamente con la psicología social, ciencia del individuo en la sociedad.

De forma similar a como acabamos de ver que ha sucedido en la psicología social sociológica, aunque de forma más limitada, se ha producido también en su homónima de tradición psicológica una apertura hacia formas de conducta social en contextos amplios, como el comportamiento colectivo y los movimientos sociales. A ello han contribuido especialmente dos perspectivas teóricas que han tenido igualmente un fuerte impacto en sociología, a saber, la perspectiva de la identidad social y el construccionismo social.

La primera, iniciada por Tajfel, <sup>↙</sup>exigió una orientación más social, valga la redundancia, en la psicología social y lamentó que «la preocupación casi exclusiva —o muy preponderante— de la disciplina por los individuos en interacción nos ha llevado a olvidar en la práctica el contexto social amplio en que se insertan las relaciones, es decir, su inserción en el contexto de la nación, clase social y otros grupos de pertenencia» (Tajfel, 1981, 63). Esto equivale a afirmar que debe tenerse en cuenta no sólo que los individuos tienen una identidad personal sino que también poseen una *identidad social* que les hace sentirse miembros de grupos y actuar motivados por la pertenencia a ellos. La fuerza de la identidad sociales tal que los individuos pueden convertirse en activistas al servicio de su grupo dedicando a ello un esfuerzo y una pasión de los que carecen para defender sus intereses individuales.

En la medida que los individuos se identifican con los grupos a que pertenecen (familia, nación, partido, movimientos social) puede decirse que interiorizan la sociedad, transformándose en «encarnaciones vivas, autoconscientes, de las fuerzas y movimientos históricos culturales y político-ideológicos que la forman... se convierten en sociedad autoconsciente, como habría dicho McDougall» (Turner, 1987, 278).

Algunas aportaciones al estudio de la conducta colectiva desde la perspectiva de la identidad social han sido realizadas por Tajfel (1981), Reicher (1984, 1987, 1996) y Hoggs y Abrams (1988). Los sociólogos, por su parte, más que referirse a la identidad social (que es una característica del individuo, en cuanto se siente parte de un grupo) hablan de *identidad colectiva* (por ejemplo, Johnston, Laraña y Gusfield 1994), que es un rasgo del grupo. La identidad colectiva es construida en la interacción por todos aquellos miembros del grupo que se identifican con él (es decir, que comparten una misma identidad social) y dirigen una acción concertada hacia un objetivo común.

## Movimientos sociales en acción

## ¿TIENEN DERECHOS LOS ANIMALES? EL MOVIMIENTO DE LIBERACION ANIMAL

Hace más de dos siglos ya se discutía si una legislación moral debía denunciar los malos tratos a animales y en relación con ello, el filósofo Jeremy Bentham afirmaba: «La cuestión no es si pueden razonar o si pueden hablar, si no si pueden sufrir». El problema ha sido reformulado por un movimiento social de origen reciente, el *movimiento de liberación animal*, o *movimiento de derechos del animal*, al que nos referimos aquí basándonos en el análisis de Eric Goode (1992).

El movimiento por los derechos de los animales nació a partir de un libro y una acción concreta: la obra de Peter Singer titulada *Liberación animal* (1975), y un año después, la protesta contra una investigación que se llevaba a cabo en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York.

En el libro citado, se defiende que los animales tienen derechos de la misma manera que los tienen los seres humanos, que sufren como nosotros y que los humanos han ejercido la tiranía sobre los demás animales no humanos, a los que se califica de *grupo oprimido*. Se sostiene también que comer carne es éticamente indefendible, que es innecesaria la muerte de tantos animales en los laboratorios y que debe acabarse con esa tiranía, al igual que en el pasado se puso fin a la esclavitud de los hombres. Estas ideas ejercerían notable impacto sobre los primeros activistas del movimiento.

Poco después de leer el libro de Singer, un hombre que se convertiría en un importante activista, Henry Spira, tuvo noticia de las actividades que se desarrollaban en el Museo Americano de Historia Natural relacionadas con experimentos con gatos (mutaciones, dejarlos ciegos o sordos) para conocer su actividad sexual. Descubrió estas actividades en el periódico local y, con un grupo de partidarios, organizó piquetes cada fin de semana, durante año y medio, a la entrada del museo. En el mes de junio, cuando empezaron los piquetes, el museo recibió 400 cartas de protesta, 650 en julio y 15.000 en agosto. El efecto sería fulminante: retirándose la subvención a los experimentos.

A partir de estos hechos, el movimiento de liberación animal fue creciendo sin cesar haciendo oír sus exigencias de una drástica reducción del sufrimiento de los ani-

males. Para ello planteaba un amplio abanico de propuestas: eliminar los experimentos innecesarios con animales, declarar ilegales las prendas de vestir de piel, suprimir la carne como alimento o por lo menos reducir fuertemente su consumo, prohibir la caza, poner en libertad a los animales de los zoológicos, impedir la utilización de los animales en espectáculos y proteger las especies en peligro de extinción.

El movimiento ha hecho surgir numerosas organizaciones benéficas en lo que se refiere a los derechos de los animales, como el *Frente de Liberación Animal* o las asociaciones *Una Defensa de los Animales* y *Por el Tratamiento Ético de los Animales* (PETA). Aunque cuando los objetivos básicos eran los mismos, las medidas que proponían variaban notablemente según el carácter más moderado o radical de la organización. Mientras las organizaciones moderadas hacían propuestas para que se suavizaran y redujeran los experimentos con animales, los radicales preferían llamar la atención del público y los medios de comunicación, realizando acciones más o menos violentas que iban desde manchar de sangre los escaparates de las peleteras hasta poner trampas potencialmente mortales a los cazadores. El F.L.A. calificó de organización terrorista al *Frente de Liberación Animal* ya que sus activistas han llegado a colocar bombas y a quemar laboratorios.

El impacto alcanzado por el movimiento ha sido considerable, habiendo quejado sus oponentes numerosos proyectos de investigación con animales. La industria peletera ha sufrido un fuerte retroceso en diversos países: en Holanda la venta de pieles ha caído un 30%. Al mismo tiempo ha ido creciendo el número de miembros de asociaciones como el F.L.A., que en solo cinco años (1985-90) pasó de 25.000 a 300.000 animales.

El tipo de acciones emprendidas por el movimiento de liberación animal ha variado considerablemente de acuerdo con las prácticas culturales de los países en los que se ha implantado. Así, en España, a pesar de la escasa difusión del movimiento, los activistas han emprendido diversas campañas en contra de una bien arraigada tradición: las corridas de toros.

La segunda perspectiva mencionada, el construccionismo, con su énfasis en la base social del conocimiento y representando una amplia revolución en el panorama científico y, en particular, en las ciencias sociales y en la psicología social (Gergen 1989, 471, 342). En su nombre, defiende el autor citado la necesidad del enfoque construccionista en psicología social para que la disciplina tome en consideración problemas colectivos tales como el conflicto social, los movimientos sociales y las revoluciones.

La idea de que los movimientos sociales formulan problemas nuevos y construyen una realidad social alternativa, aunque ha tenido recientemente un amplio desarrollo (por ejemplo, Melucci [1989] y Klandermans [1997]), fue ya vislumbrada hace tres décadas por autores tan diferentes entre sí como Blumer (1971) y Moscovici (1976), con su teoría de las minorías. Este último autor observa que los grupos antes etiquetados como desviados (como los gays o las lesbianas) «se transmutan en minorías activas, crean movimientos colectivos... grupos que eran definidos según el código social dominante crean su propio código y lo proponen como modelo o solución de recambio» (1976, 23).

Por su parte, Blumer tuvo la habilidad de poner en evidencia, como veremos posteriormente, el proceso a través del cual se plantean nuevos problemas que hacen surgir el comportamiento colectivo y movimientos de protesta. Como ejemplo de ello puede servir un reciente movimiento: el que defiende los derechos de los animales (véase Cuadro 1.2).

## LA PSICOLOGÍA SOCIAL NECESITA ESTUDIAR

### EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO

Que el estudio del comportamiento colectivo es capaz de aportar un efecto transformador y saludable sobre la psicología social, fue una idea que hace tiempo supieron intuir Milgram y Toch (1969). Las razones en que se apoyaron estos autores parecen más ciertas ahora, treinta años después, si tenemos en cuenta la insistente demanda posterior de una psicología social más social, más ocupada por los fenómenos sociales a gran escala, y si prestamos también atención al hecho de que, a pesar del notable desarrollo reciente del campo del comportamiento colectivo, éste todavía permanece marginado en la psicología social psicológica. A partir del análisis de los autores citados, y teniendo en cuenta ulteriores reflexiones, vamos a distinguir cuatro niveles en los que creemos que el estudio del comportamiento colectivo puede influir en cambios positivos sobre la psicología social.

El primer nivel se refiere al hecho de que el estudio de la conducta colectiva <sup>(1)</sup> permitirá a la psicología social reforzar su orientación social frente a la de signo individualista, pero no lo trataremos aquí por haber ya insistido sobre él. Estos son los otros tres niveles:



## **Estudio de situaciones y respuestas nuevas *versus* situaciones y respuestas estándar**

Las situaciones más frecuentemente estudiadas por la psicología social son de tipo estándar en el sentido de que son situaciones ordinarias, cotidianas, y para adaptarse a ellas poseen los individuos repertorios de comportamientos que han sido interiorizados en el proceso de socialización. Este elenco de conductas resulta inoperante cuando el individuo responde a situaciones problemáticas —inhabituales o claramente nuevas— que dan lugar a episodios colectivos y que favorecen la emergencia de ciertas facetas de la personalidad inhibidas en la rutina diaria por la presión de las reglas sociales. Ello brinda al psicólogo social la posibilidad de ampliar su análisis a esas conductas emergentes, que a veces llegan a alcanzar cotas extremas de heroísmo o crueldad, y ganar parcelas de conocimiento del ser humano que, si sólo atendemos a las conductas cotidianas, permanecerían ocultas (Marx y McAdam 1994, 4, 5). En esta línea, prosiguen dichos autores, el comportamiento colectivo «se halla intrínsecamente ligado a los temas de la libertad y la tiranía... puede demostrar lo que hay en los humanos de más moral y heroico, pero puede también implicar destrucción, irracionalidad o barbarie».

## **Modelo activo de ser humano como agente de cambio social *versus* modelo pasivo**

Tanto la psicología social como la sociología funcionalista han tendido a desarrollarse dentro de una visión estática de los individuos como sujetos que cumplen un determinado rol en un sistema social establecido dado por supuesto, como si fuera el único deseable y posible. Ello ha creado la ilusión de un orden social que parece de carácter absoluto e incuestionable. Desde tal orden, no sólo la innovación será vista como una desviación potencialmente subversiva, sino que el comportamiento multitudinario aparecerá como irracional, patológico y no deseable (Turner y Killian 1987).

El estudio del comportamiento colectivo nos permite captar la emergencia de nuevas pautas conductuales, algunas de las cuales se irán incorporando a un orden social en constante devenir (Turner 1964), y nos hace posible advertir el papel del ser humano como actor intencional del cambio histórico, como dotado de iniciativa y creatividad. Ello sucede principalmente si adoptamos la perspectiva del participante (no la del observador) y llegamos a comprender de dónde nace la fuerza que impulsa a muchas personas a rebelarse contra el orden establecido (véase Cuadro 1.3).

## **Disciplina comprometida *versus* disciplina academicista**

La tendencia al academicismo ha sido constante en la psicología social moderna y guarda relación con ella la larga crisis que atravesó la disciplina a lo largo de los años 70, con críticas a las limitaciones de un trabajo que permanecía recluido en el laboratorio y lamentos

**Comportamiento colectivo en acción****PROTESTAN LOS QUE TIENEN ESPERANZA**

«Los participantes del movimiento comparten una esperanza más que desesperación. Son gente esperanzada, no su esperanza, comparten una creencia de que su movimiento está marcando la diferencia. Ningún movimiento puede sobrevivir si no se basa en la esperanza por un futuro mejor y genera expectativas entre sus participantes de que el futuro está a su alcance... ellos creyeron que hay que aprovechar las oportunidades y que el grupo puede tener éxito cuando los esfuerzos individuales han fallado. Después de todo, reiterando un principio psicosocial de participación en el movimiento, los individuos se comportan de acuerdo con una realidad percibida y su participación surge de conductas en el contexto de esa realidad» (Klandermans, 1997, 13).

«Frente a la posición optimista del autor de las líneas anteriores, existen algunos autores convencidos de que

«... que participan en un movimiento social son gente frustrada y al borde de la desesperación». Así, Hoffer (1954) considera que los participantes son individuos fracasados que deciden sumergirse en un grupo anónimo para huir de su miseria personal. La despersonalización les permite recuperar la estima individual identificándose con los miembros del grupo, que asumen como propios.

Pero la investigación no ha dado la razón a la visión negativista de Hoffer, sino que por el contrario ha demostrado que para protestar se requiere confianza en sí mismo en la propia eficacia personal y en las expectativas de éxito (Klandermans, 1997). Los apáticos o desesperanzados no se rebelan. Protestan los que mantienen la esperanza de que, más pronto o más tarde, triunfarán.

contra la escasa sensibilidad que mostraba hacia problemas sociales a veces acuciantes. El estudio del comportamiento colectivo ofrece la oportunidad de abordar, en los amplios escenarios de la vida real, problemas habitualmente analizados en el laboratorio —como el conflicto, la agresión, el liderazgo o la conformidad grupal— que adquieren frecuentemente expresiones más radicales en contextos multitudinarios. Esta dimensión colectiva puede actuar como revulsivo permanente en la disciplina, al mismo tiempo que poner de relieve la función social del psicólogo social, como corresponde a la orientación aplicada que ha tomado durante la últimas décadas un importante sector de la psicología social.

Se ha afirmado con razón que si los psicólogos sociales no emprenden la tarea de comprender el comportamiento social en las revueltas, pánicos y movimientos sociales, estos temas no quedarán debidamente atendidos ya que la psicología social, con sus conceptos a caballo entre las disciplinas de psicología y sociología, se halla en una posición privilegiada para el estudio del comportamiento colectivo, que de hecho se sitúa «en el núcleo de la disciplina» (Milgram y Toch 1969, 509). No es casual que el campo del comportamiento colectivo ha sido «a menudo considerado como el campo por excelencia de la psicología social» (Stoezel 1963, 221).

Si bien para la disciplina puede ser provechoso el estudio del comportamiento colectivo, existe también otra fuerte razón para ello que brota de la responsabilidad y el compromiso de los científicos sociales con una sociedad azotada por graves problemas que frecuentemente generan acción colectiva. Problemas como el racismo, la contami-

nación ambiental o los nuevos roles de género y la discriminación de la mujer, al ser redefinidos por los movimientos sociales, han servido para justificar la movilización.

Con frecuencia ocurre que el número de participantes implicados es notable y que el conflicto se hace virulento, teniendo a veces los resultados una trascendencia histórica, como ocurre en ciertos episodios de comportamiento colectivo y en las revoluciones. La psicología social difícilmente podrá eludir la responsabilidad de estudiar tales hechos, sobre todo cuando es posible su contribución con vistas a la solución de estos problemas. Claudicar ante el reto de abordar el estudio del comportamiento colectivo, equivaldría a «frustrar al público en una de sus principales esperanzas puestas en la ciencia de la psicología social» (Brown 1954, 873).

## **PROBLEMAS SOCIALES, ACCIÓN COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL**

Aunque la conducta colectiva tiene a veces un carácter puramente expresivo, como ocurre con la celebración multitudinaria de una victoria deportiva, en un concierto de rock o en fenómenos como la moda, suele ir dirigida a la solución de problemas sociales, como es el caso de la acción colectiva que protagonizan los movimientos sociales.

En este objetivo, la solución de problemas sociales, la psicología social aplicada coincide con la acción colectiva. Pero difieren en los medios empleados. Mientras que la psicología social aplicada se propone resolver los problemas sociales aplicando técnicas específicas de intervención, la acción colectiva trata de mejorar la situación recurriendo a la protesta mediante formas de actuación no convencional tales como la manifestación, el boicot o la ocupación de un edificio.

La psicología social de los problemas sociales, desarrollada hace tres décadas, arrojó mucha luz sobre la cuestión de por qué determinadas situaciones sociales, que hoy nos parecen claramente injustas, como el racismo o los malos tratos a las mujeres, han sido toleradas en silencio durante siglos sin que el orden establecido tratara de corregirlas ni las personas afectadas protestaran (Blumer 1971; y Spector y Kitsuse 1973). El hallazgo más llamativo de la investigación psicosocial fue descubrir por qué existen graves problemas en la sociedad que carecen de visibilidad social.

### **Problemas sociales e injusticias que «no se ven»**

De entrada, parece sorprendente que un problema social profundamente injusto, como la tiranía o la explotación laboral infantil, carezca de visibilidad social y no sea reconocido como tal. Sin embargo, la historia es testigo de que, en otras épocas y circunstancias, tales injusticias no eran consideradas problemas sociales, por lo que ni se proponían iniciativas ni se emprendían acciones para remediarlas. Este intrigante hecho nos obliga a interrogarnos sobre la naturaleza de los problemas sociales. Ante todo, es preciso preguntarse qué es un problema social. La pregunta planteada es simple sólo en apariencia. Según

una creencia ampliamente difundida, un problema social es un hecho objetivo, como una grieta en un edificio o una herida en un organismo. De acuerdo con esta convicción, el papel del científico social con respecto a los problemas sociales sería semejante al trabajo del arquitecto o del médico en sus campos propios. Nisbet (1971) nos pone alerta ante semejante creencia que equipara erróneamente realidad física y realidad social.

La dictadura más autoritaria, la pobreza más abyecta o la discriminación más evidente pueden existir sin que constituyan un problema social. La teoría de la privación relativa ha familiarizado a los científicos sociales con la idea de que la privación, o experiencia de un problema, es sentida en el grado en que contrasta con nuestras expectativas. Con otras palabras, la dictadura, la pobreza o la discriminación sólo serán percibidas como problemas sociales cuando las personas afectadas se crean con derecho a la libertad política, a la igualdad y a determinado nivel de vida. De hecho estas expectativas, aunque resultan obvias en nuestro tiempo, no lo han sido en algunas épocas de la historia. La gente se ha conformado a veces con su infortunio; tal vez ha creído que se lo merecía y no ha juzgado su situación problemática ni se ha rebelado.

Para que exista un problema social es preciso que un cierto número de personas lo definan como tal, es decir, que consideren que su situación es perjudicial, desagradable o injusta. Ello requiere que posean cierto criterio o valor ideal con el cual contrastan su propia situación. La mujer ha estado discriminada y oprimida durante siglos, pero sólo en época reciente, con la difusión de la ideología feminista, ha tomado conciencia de su situación, la ha definido como problema y ha luchado por cambiarla. Igual podría decirse de las diferencias entre los estratos sociales o de otros fenómenos de desigualdad existentes desde antiguo pero que muchas veces no fueron formulados como problemas ni generaron ningún tipo de rebelión colectiva (Mauss 1975).

### Tres etapas del problema social

En un intuitivo artículo de Blumer (*Los problemas sociales como conducta colectiva*, 1971) se aclara cómo un hecho llega a definirse como problema social y las condiciones requeridas para que sea atendido por las autoridades con vistas a su solución. Básicamente, se trata de un proceso en tres etapas: definición social del problema, legitimación e intervención. Explicitemos a continuación estas etapas. ① ②

① Toda sociedad implica normas y valores que resultan más ventajosos para unos que para otros. Desde los criterios marcados por la sociedad, la situación es aceptable. Sólo si el grupo en desventaja, a partir de valores y criterios contrapuestos, define colectivamente la situación como algo negativo que debe ser corregido podremos decir que ha emergido un problema social. Pero que una situación sea juzgada como desagradable o dañina para un grupo, lo cual es relativamente frecuente, no comporta necesariamente su corrección. A la etapa de definición debe seguir una etapa de legitimación.

② El problema social va adquiriendo legitimidad a medida que va obteniendo apoyo y reconocimiento social. El ser admitido por las diferentes instituciones sociales y por los

medios de comunicación social le conferirá un aire de «respetabilidad» (Blumer 1971) que hará probablemente que los representantes del orden establecido lo consideren significativo y digno de ser atendido. Hechos como la contaminación ambiental, el sexismo o el estrés sufrido por las víctimas del delito, a pesar de ser muy antiguos, sólo recientemente han adquirido un halo de respetabilidad como problemas sociales. La legitimación comporta que sus defensores pasen de ser percibidos como «grupos de protesta», compuestos de «excéntricos» o «chiflados», a ser vistos como representantes de unas demandas razonables que deben ser atendidas.

②

Finalmente, es posible que el orden establecido decida un programa de acción. Para ello, según el tipo de problema, pueden ser requeridos psicólogos sociales cuya misión será redefinir científicamente el problema, establecer unos objetivos, diseñar las fases del programa y organizar su implementación.

③

### **Barreras a la solución de problemas sociales y acción colectiva: una imagen de nuestro mundo**

No siempre el orden establecido quiere resolver los problemas, especialmente cuando éstos ponen dicho orden en cuestión. Los gobernantes pueden ocultar la naturaleza del problema y, por tanto, su responsabilidad en él echando la culpa a quienes lo están sufriendo o bien etiquetándolos como desviados o enfermos. Existe una fuerte tendencia a culpar a la víctima (Caplan y Nelson 1973), argumentando que tiene lo que se merece. Según esta tendencia, la pobreza de los gitanos se debe a su holgazanería, la expulsión de inmigrantes está justificada porque son delincuentes, y las protestas estudiantiles no son en el fondo otra cosa que falta de ganas de estudiar. Aunque los estereotipos y prejuicios existentes sobre los problemas sociales se disfracen con frecuencia bajo la apariencia de argumentaciones razonables, la táctica de culpar a la víctima se halla profundamente arraigada, desnaturaliza el carácter de los problemas sociales y, obviamente, pone trabas a su solución.

Otra estrategia del orden establecido para oscurecer un problema es apartar la atención de sus raíces sociales, medicalizarlo (Haines 1979), como se ha hecho con ciertos síntomas de desviación que son clasificados como «enfermedad mental». Así ha ocurrido con los homosexuales (a quienes todavía algunos consideran enfermos) o con los disidentes políticos (no olvidemos que, hasta época reciente, muchos disidentes de la URSS eran internados en clínicas psiquiátricas).

Cuando el problema ha sido reconocido como tal y legitimado, pero no es resuelto a través de los cauces del orden establecido, los afectados tienen dos alternativas: resignarse (tal vez con la esperanza de que la situación mejorará) o buscar por sus propios medios la solución emprendiendo una acción colectiva que genere un cambio social. De hecho, a lo largo de las últimas décadas, podemos observar que han sido formulados, o reformulados, diversos problemas sociales —tan diversos como el racismo, el colonialismo, el aborto, el subdesarrollo o la globalización— que han dado lugar al surgimiento de

Como si se  
trata de  
su prob. ind,  
¿necesita una  
otra idea.



nuevos movimientos sociales o a la reactivación de otros ya existentes. En la Tabla 1.2 se refleja, de forma simplificada y aproximativa, este paralelismo problemas-movimientos.

Tabla 1.2

**PROBLEMAS SOCIALES Y MOVIMIENTOS SOCIALES (1960-2000):  
LA IMAGEN DE UN MUNDO CAMBIANTE**

Décadas	Problemas sociales	Movimientos sociales
1960	Discriminación de la población negra en EE UU Apartheid sudafricano Discriminación de la mujer Discriminación de homosexuales Autoritarismo en la universidad Persistencia del colonialismo	Movimiento de derechos civiles Movimiento anti-apartheid Movimiento feminista Movimiento de gays y lesbianas Movimiento estudiantil Movimientos independentistas
1970	Crisis ecológica global Penalización del aborto Violaciones de derechos humanos Centralismo del Estado moderno Malos tratos a animales	Movimiento ecologista Movimiento pro legalización del aborto Movimiento de derechos humanos Movimientos nacionalistas Movimiento de liberación animal
1980	Despliegue de misiles nucleares Legalización del aborto Occidentalización de países árabes Pobreza, hambre y subdesarrollo Discriminación de inmigrantes en Europa Epidemia del SIDA	Movimiento pacifista Movimiento pro-Vida Movimientos fundamentalistas islámicos Movimientos de solidaridad Movimiento anti-racista Movimiento contra el SIDA
1990	Globalización económica Eutanasia y suicidio asistido Manipulación genética (clonación, etc.)	Movimiento contra la globalización Movimiento por el derecho a morir Acciones colectivas contra la manipulación genética

Los movimientos más recientes representados en la Tabla son el movimiento contra la globalización económica (véase Cuadro 1.4) y el movimiento por el derecho a morir (McInerney 2000), mientras que las acciones colectivas contra la manipulación genética todavía no han llegado a constituir un movimiento organizado y duradero. De acuerdo con lo expuesto, es obvio que los problemas sociales no corresponden, en buena parte, con hechos realmente nuevos, puesto que el racismo o el colonialismo ya existían en otras épocas de la historia. Lo que resulta nuevo es la definición social de tales hechos, o su reformulación, como problemas intolerables que reclaman una solución inmediata a través de la acción colectiva.

Observando la lista de problemas y movimientos, podemos apreciar que la mayoría de ellos persisten en nuestros días y probablemente muchos de ellos nos resultan familiares. Ante este panorama, uno puede tener la sensación de que se halla frente a un cuadro impresionista que representa este mundo cambiante en que se desarrollan nuestras vidas.

## Movimientos sociales en acción

MOVIMIENTO CONTRA LA GLOBALIZACIÓN:  
POR UNA JUSTICIA GLOBAL

En septiembre de 2000, tuvieron lugar en Praga asperos enfrentamientos entre policías y manifestantes procedentes de muy diversos países del mundo. Protestaban contra la globalización económica que se quiere impulsar en reuniones como la que allí estaban celebrando el FMI (Fondo Monetario Internacional) y la OMC (Organización Mundial del Comercio). La confrontación derivó en choques violentos que arrojaron el saldo de un elevado número de heridos y cerca de 1000 detenciones.

«Todos nosotros tenemos la posibilidad de cambiar nuestro destino. En Praga he sentido el fin de una etapa de mi vida y tal vez el principio de una nueva era en la que viviran nuestros hijos. Aún tenemos la oportunidad de escoger porque, como alguien dijo, el destino humano es una elección, no un producto del azar. Es hora de quitarnos las máscaras y dejar de representar los pequeños papeles que nos han sido asignados en este teatro que es la vida». Estas palabras, anotadas en su diario por una manifestante barcelonesa de 21 años, constituyen un testimonio de cómo la acción colectiva puede transformar a los participantes.

Se puede hablar de Praga como de Seattle, Bangkok y otras ciudades que fueron escenarios de protestas similares durante el último año del siglo. No importa el lugar porque detrás de cada acción se articula un conjunto de personas que, día tras día, luchan por la dignidad y el derecho de los débiles a condiciones dignas de vida. Se atinan en un nuevo grupo, el *movimiento contra la globalización*, también llamado el *movimiento para la justicia global*. Su denuncia parte de la injusticia de una sociedad con cambios imparables derivados de los avances tecnológicos que, bajo la influencia del paradigma capitalista y neoliberal, puede conducir al empujamiento y exclusión de los más débiles.

En el movimiento figura una pluralidad de miembros de nuevos sindicatos, ONG y de un amplio espectro de asociaciones dentro de lo que puede denominarse la izquierda social (anarquistas, okupas, comunistas, socialistas).

Los participantes luchan por el reparto igualitario de recursos y comparten, además de la oposición a la globalización, algunos objetivos comunes, como la condonación de la deuda externa a los países del Tercer Mundo, y tienen unos adversarios claros en las organizaciones oficiales — OMC, FMI, BM (Banco Mundial) y G7 (Grupo de los 7 países más industrializados) — que plantean una propuesta económica basada en supuestos neoliberales en la que se privilegia el merecido por encima de las personas.

Praga y otros escenarios sociales similares han quedado presentes en la conciencia de muchas personas que luchan por un mundo más justo. En Praga se repitieron acciones masivas de desobediencia civil. Caparicieron una pluralidad de temas como *Global Solidarity*, *No Global Economy*, *Alto a la deuda, alto a More World Less Bank*. Todo ello ha constatado una creciente fractura en la sociedad civil que promueve grupos que se hallan en sus inicios con el sistema. Utilizan métodos que van desde la desobediencia civil, boicots y colaboración con la autoridad hasta la denuncia constante y la apertura de nuevos temas de debate.

En la ciudad de Praga se hicieron planes para la creación de un foro de discusión permanente, a través del cual se proponen, con carácter permanente, a cargo de miembros del *movimiento de la justicia global* (impulsado por comunistas de Brasil) y organizador del referéndum en favor de la condonación de la deuda externa, asociaciones civiles y ONG. Con una organización mayoritaria pacifista, a pesar de propuestas más radicales, las principales formas organizativas de este movimiento contra la globalización no adoptan una posición política concreta, vienen debatiendo largamente sobre el tema del boicazo.

El *movimiento para la justicia global* se centra en la medida en que logra que la opinión pública tome conciencia de que vivimos en una sociedad bajo el control de las multinacionales y con un poder más reducido de los gobiernos, lo cual repercute en un empobrecimiento progresivo de los países y capas sociales más débiles.



de forma adaptada, reproducimos aquí (Tabla 2.7). Hemos creído conveniente incluir en la *Tabla* la emoción de tristeza y ofrecer algunos ejemplos que nos permitan orientarnos sobre la forma de comportamiento colectivo a que se hace referencia. Seguidamente, nos referiremos a los tipos de multitud y masa que aparecen mencionados en dicha *Tabla*.

### Tipos de comportamiento colectivo en la multitud

Una concentración ante el ayuntamiento en contra de un alcalde puede servir de ejemplo de multitud hostil, pero los sentimientos negativos de los participantes no implican de por sí que se produzca ninguna agresión aunque los ánimos estén encrespados. Lo que es claro es que, si se producen actos de agresión, el comportamiento colectivo cambiará por completo debido a la probable intervención de las fuerzas del orden. Por ello es útil distinguir la *protesta pacífica* de la *multitud violenta*. En la *multitud temerosa*, o impulsada por el miedo, incluimos tanto los pánicos en los desastres como los de tipo adquisitivo, por ejemplo el pánico financiero (personas que acuden a retirar sus fondos de un banco), tal como hizo Brown (1965). *La multitud gozosa* ha recibido diversos nombres en la literatura, como «orgiástica» (LaPiere 1938) y «expresiva» (Blumer 1951; Brown, 1954). Blumer (1951), al que siguen Turner y Killian (1987), denominan multitud «activa» a la que hemos llamado hostil, mientras que Brown (1954) la identificó como multitud agresiva.

Aunque la tristeza también puede congrega una multitud, existen pocos estudios de este tipo. A ello puede contribuir que es relativamente raro que esta emoción estimule la creación de una multitud, dada la tendencia ordinaria de las personas, cuando están tristes, a reaccionar con retraimiento más que de forma expansiva y manifiesta. Sin embargo, con motivo de la desaparición de figuras públicas significativas (como Kennedy, Franco, Jomeini o la madre Teresa), las exequias se convirtieron en impresionantes manifestaciones populares de duelo.

### Tipos de comportamiento colectivo en la masa

Entre las *masas temerosas* se ha distinguido entre las que responden a verdaderos peligros (como la amenaza de un desastre natural o de una catástrofe social) y las que reaccionan a falsos peligros, que se refieren a reacciones de temor en las masas que no obedecen a una causa real y física sino más bien mental o imaginada (Lofland 1981, 421 ss.). Señala este autor que estas reacciones, que podemos denominar *miedos infundados*, obedecen al hecho de que las personas reaccionan a una situación amenazadora que han construido mediante la interacción y que es real en sus consecuencias (íd.). A veces se ha extendido el miedo en una ciudad por supuestas «olas de crímenes» que carecen de fundamento (Fishman 1978). En algunos de estos fenómenos, que constituyen *ilusiones colectivas*, pueden producirse incluso desmayos y reacciones histéricas, como compro-

baron Kerckhoff y Back (1968) al estudiar los efectos sobre numerosas mujeres de unas imaginarias picaduras de insectos.

En lo referente a las *masas gozosas*, distingue Lofland (1981), abusando un poco del calificativo «gozoso», las *modas* («fashion»), los llamados *fads* y los *furors* o *locuras* («crazes»). Las *modas*, por su alto grado de institucionalización, sólo en algunos aspectos (como la emergencia y espontaneidad) pueden considerarse comportamiento colectivo. El *fad* es una moda fugaz y trivial que ha sido definida como un comportamiento colectivo «homogéneo, infrecuente, nuevo y no utilitario que se difunde por imitación o por activación de tendencias latentes en las personas» (Aguirre, Quarantelli y Mendoza 1988, 571). Uno de los ejemplos más estudiados de *fad* fue la ola de *streaking* (que consistía en aparecer desnudo en público y huir corriendo) que se desarrolló en el año 1974.

El *furor* puede definirse como «un compromiso de una masa excitada que tiene un carácter totalmente serio en su naturaleza y en sus consecuencias y que implica más o menos globalmente a las personas durante largos periodos» (Lofland 1981, 441). Son sinónimos los términos «fiebre», «locura» y «manía». Un ejemplo típico es la fiebre del oro en la California, que atrajo a gran número de personas en 1848. El *boom* es una forma particular de furor en el que las personas tratan de adquirir un objeto de alto precio porque esperan venderlo más caro, como ocurrió en Holanda, durante el siglo XVII, con la llamada «tulipomanía» (se llegó a pagar cantidades astronómicas por un tulipán) o con la compra de tierras en Florida durante el período 1925-1926.

Entre las *masas hostiles*, destacan las que han organizado persecuciones sistemáticas contra grupos sociales estigmatizados (como judíos, herejes, gitanos) o contra disidentes (como ocurría en la antigua Unión Soviética o en la España de la posguerra). Se trata de la llamada *caza de brujas*. En nuestra época continúan produciéndose persecuciones de diversas formas (Turner y Killian 1987, 151) incluso en países tecnológicamente avanzados, como las oleadas de xenofobia, contra inmigrantes del Tercer Mundo, que se han observado durante los años 90 en algunos países europeos, entre ellos España.

## CONCEPTO Y TIPOS DE MOVIMIENTOS SOCIALES

### Una definición de movimiento social

Un movimiento social puede definirse como «una colectividad que actúa con cierta continuidad para promover o resistir un cambio en la sociedad (o grupo) de la que forma parte» (Turner y Killian 1987, 223). En esta definición encontramos tres elementos distintivos del movimiento social:

- es una *colectividad*, es decir, un grupo relativamente desorganizado en el que existe interacción, en gran parte informal, y sentido de unidad, que posibilita una acción común o colectiva, no institucional (Turner y Killian 1987, 3-4);

- actúa con *continuidad*, es decir no limita su actividad a algún episodio concreto, sino que desarrolla una historia; ello implica cierto grado de organización, estrategia, compromiso, etc., a la vez que posibilita una continuidad de la identidad grupal, aunque cambien los componentes del movimiento (id. 224), y permite el desarrollo de unas creencias y valores compartidos, de una ideología;
- tiene como objetivo el *cambio social*, o bien la resistencia a él, no sirve a intereses exclusivamente personales; aun en el caso de que el movimiento social tenga un carácter religioso de autotransformación, existe un objetivo más amplio de transformación de la sociedad (id. 225). El cambio puede ser en el grupo o en la sociedad, pero también, en el orden mundial (McAdam y Oliver 1997). Notemos que la lucha por un objetivo implica un carácter deliberado y propositivo en la acción del movimiento social que marca la diferencia entre éste y otras fuerzas o factores culturales de tipo impersonal que también generan cambio social.

El acierto de esta definición viene corroborado por el amplio acuerdo, total o parcial, acerca de la inclusión de los tres elementos citados. Ello podemos observarlo tanto en autores clásicos como Heberle (1968, 263) o Wilson (1973) como en autores recientes (McAdam y Snow 1997, XVIII; Benford 1992; Raschke 1985, 77; Zurcher y Snow 1981).

Debe tenerse también en cuenta que existen definiciones que añaden elementos no mencionados directamente por Turner y Killian pero que creemos se derivan de los tres fundamentales o se hallan implícitos en ellos. En concreto, algunos autores caracterizan a los movimientos sociales afirmando que son *redes* de grupos e individuos (Melucci 1985; Diani 1992), que forman una *identidad colectiva* (Diani 1992; Raschke 1985; Melucci 1985), que poseen cierta *organización* (McAdam y Snow 1997; Raschke 1985), que desarrollan una *acción extrainstitucional* (McAdam y Snow 1997) y que surgen del *conflicto* con sus oponentes (Tarrow 1994; Melucci 1989; Touraine 1981). Las redes sociales son propias de la colectividad como también la acción extra-institucional, peculiar del comportamiento colectivo; la organización y la identidad son generadas por la continuidad, y el conflicto con la sociedad o grupo es la causa de que se luche por promover o resistir un cambio. Dada la importancia de este último elemento, nos referiremos seguidamente a él.

### El movimiento social, resultado de un conflicto

Para profundizar en algunos aspectos centrales del concepto de movimiento social, puede resultar clarificador tener en cuenta que el movimiento es expresión de un conflicto con el orden institucional, un desafío que se traduce en una lucha por conseguir cambios en dicho orden. Desde la perspectiva del conflicto, muy influyente a partir de los años 70, se ha señalado que los movimientos emergen de una lucha por los recursos sociales entre los grupos excluidos políticamente y los que dominan el contexto político.

## Movimientos sociales en acción

### EL MOVIMIENTO CONTRA EL SIDA

Ocurrió en diciembre de 1989. Un grupo de 5000 activistas contra el SIDA se concentraron junto a la catedral de San Patricio de Nueva York para protestar contra el cardenal O'Connor por su oposición al uso del condón y a la educación del «sexo seguro». Algunos iban disfrazados de payasos, otros de monjas y obispos. Cuando el cardenal iba a pronunciar su sermón, rompieron en el templo y se tendieron en el suelo, significando su propia muerte. Algunos se encadenaron a los bancos y la mayoría costaba de verlos «stogano». La intervención de la policía que efectuó más de 100 detenciones, no impidió que a la hora de la comunión un activista se acercara al altar y dijera: «Oponerse a la educación del sexo seguro es un asesinato» (Goode 1992, 453). Los activistas eran miembros de ACT UP (AIDS Coalition to Unleash Power), una organización radical de lucha contra el SIDA.

El movimiento contra el SIDA surgió en Estados Unidos en los años 80, a medida que iba haciéndose pública la existencia de la epidemia, y se iba extendiendo sin cesar y extendiéndose por todo el mundo, combatiendo con la difusión de la enfermedad. Sus objetivos son básicamente dos: concienciar a la población sobre el peligro de contagio y presionar a los gobiernos e instituciones para que tomen medidas contra la enfermedad.

Ahínda a la población supone cambios sus hábitos para que tome precauciones (práctica del «sexo seguro») y también para que deje de discriminar a los afectados como si fueran «personas impuras» (Schmaltz 1999). La exigencia de que las autoridades intervinieran implicó una serie de reclamaciones como provisión de fondos para la investigación médica del virus, organización de campañas de prevención, fármacos a precio accesible y servicios adecuados en los hospitales.

La gente conocía la existencia de la epidemia del SIDA cuando los medios de comunicación empezaron a hablar de ella en 1981, calificándola de «plaga gay» por su difusión en las comunidades homosexuales de las grandes ciudades norteamericanas (Giddens 1989). A mediados de la década de 1980, la movilización gay ya era un hecho y había conseguido la atención de la opinión pública y del gobierno. La alarma sembrada por la enfer-

medad creció al conocerse que afectaba también a la población heterosexual. Fueron multiplicándose las organizaciones para luchar contra la enfermedad hasta tal punto que a mitad de los años 90 había en Estados Unidos 3300 organizaciones contra el SIDA (Gates y Levine 1995).

Entre las organizaciones del movimiento anti-SIDA, una de las más destacadas por su influencia en el movimiento y su amplio impacto social es la ya citada ACT UP. El radicalismo de sus técnicas de acción es congruente con el de sus propios principios. Las formas de acción utilizadas por ACT UP exhiben con frecuencia un carácter enérgico y espectacular derivado de su conciencia de tener una misión urgente: la de salvar la vida de personas que se hallan a las puertas de la muerte. Su radicalismo expresa el ansia de vivir y la angustia de ver cada día cómo va acercándose el final. Sus acciones reflejan a veces un dramatismo idéntico en otros movimientos sociales: la temeridad de quienes no tienen nada que perder; la ira y la rebeldía que sienten contra una sociedad que podría aliviar su sufrimiento pero permanece pasiva. De acuerdo con «el fama» que exhiben en su logotipo (*Silence = Death*), tratan de hacerse oír, especialmente atrayendo la atención de los medios de comunicación.

Ello les ha impulsado a exhibir públicamente a homosexuales de alta posición que habían permanecido ocultos, organizar manifestaciones masivas, interrumpir servicios religiosos y otras ceremonias públicas, o bien quemar en effigie a personas que consideran responsables de la pasividad social. Esto último hicieron, ante las cámaras de televisión, con el jefe del responsable de la Administración en cuestión de fármacos, en un cétrico lugar próximo a Wall Street. La acción fue emitida en las noticias de la CBS y tuvo un efecto inmediato: dos días después un portavoz del gobierno anunció que se iba a acelerar y mejorar la distribución de fármacos (Goode 1992).

ACT UP constituye una clara advertencia para la sociedad si no se adoptan medidas más amplias y urgentes contra la epidemia, otras organizaciones del movimiento anti-SIDA pueden seguir su ejemplo y radicalizar sus acciones.

Esta visión «conflictiva» de los movimientos sociales, que se ha cargado de acento cultural a partir de los años 80, queda claramente reflejada en las definiciones de conflicto que ofrecen algunos influyentes autores, como Tarrow, Touraine y Melucci. Para el primero, el movimiento social es producto del «desafío colectivo de personas con objetivos comunes y solidaridad» que se enfrentan a «las elites, los oponentes y la autoridad» de una forma continuada para hacer prevalecer dichos objetivos (Tarrow 1994, 4). Tanto Touraine (1981) como Melucci (1989) resaltan que el conflicto es no sólo político sino también cultural. El movimiento contra la epidemia del SIDA es un caso claro de conflicto con el sistema (Cuadro 2.4).

Touraine (1978) sintetiza sus ideas precisando que todo movimiento se construye en base a tres principios: *principio de identidad*, que se refiere a los que se autodefinen como participantes en un movimiento; *principio de oposición*, que especifica quién es el principal adversario contra el que lucha el movimiento, y *principio de totalidad*, que se refiere a la visión del mundo u objetivo que trata de imponer. Castells (1997, 93) clarifica la propuesta de Touraine señalando que un movimiento se basa en tres principios o elementos: *identidad, adversario y objetivo*. Para ilustrar la útil aportación de Touraine, la hemos aplicado a tres movimientos sociales (véase Tabla 2.8).

Tabla 2.8

ELEMENTOS DEL MOVIMIENTO SOCIAL EN TRES EJEMPLOS

	Identidad	Adversario	Objetivo
Movimiento estudiantil	Los estudiantes	Autoritarismo	Participación
Movimiento ecologista	Amantes de la naturaleza	Desarrollo incontrolado	Naturaleza original
Movimiento feminista	Las mujeres	Estado patriarcal	Igualdad de derechos

Al hablar del movimiento estudiantil nos referimos al originario, muy activo durante los años 60 en Estados Unidos y en Europa, que luchaba contra el autoritarismo en la universidad y en la sociedad. Las referencias al movimiento ecologista (en su versión conservacionista) y al movimiento feminista, entendido en su forma básica, están inspiradas en Castells (1997, 221, 137).

Es importante distinguir en un movimiento entre los miembros que lo integran y los beneficiarios, que obtienen provecho de los cambios conseguidos por él. Aunque unos y otros suelen solaparse, esto no ocurre siempre: por ejemplo, en el movimiento de derechos civiles de los negros norteamericanos había también blancos que luchaban por solidaridad, es decir, por una igualdad de derechos de la que no se beneficiaban directamente ellos. Por el contrario, entre los beneficiarios existen «gorriones» (*free-riders*) que no participan en el movimiento pero se benefician de él (como los obreros que no parti-

cipan en una huelga pero obtienen provecho de su éxito). A veces el movimiento lucha por el bien de un grupo (racial, religioso, de género), del cual es beneficiario sólo el grupo, pero cuando el objetivo es un *bien público*, como un ambiente no contaminado, todos son beneficiarios.

Los típicos miembros del movimiento social, o *adheridos*, participan habitualmente en las actividades del movimiento, pero se ha reservado la denominación de *activistas* para los adheridos que prestan mayor dedicación (Turner y Killian 1987, 225). También pueden considerarse miembros del movimiento a los *simpatizantes*, que forman en gran parte la base social del movimiento (*constituency*) y son la cantera de la que surgirán adheridos y activistas.

### Tipos de movimientos sociales

En lo que se refiere a la clasificación de los movimientos sociales, el criterio más significativo, y también el más tradicionalmente empleado es el de atender al cambio propuesto por el movimiento (Smelser 1962; Blumer 1969). El criterio resulta lógico teniendo en cuenta que es precisamente el cambio lo que constituye el objetivo del movimiento social. La clasificación creada por el antropólogo Aberle (1966) es tal vez la más completa y rica en contenido, lo cual ha influido en su notable difusión. Nosotros la adoptaremos aquí, teniendo en cuenta la aportación de McAdam y Snow (1997), debido especialmente a su mayor interés psicosocial (véase una forma adaptada de esta clasificación en la Tabla 2.9). De acuerdo con Aberle, distinguimos dos tipos de dimensiones: el grado de cambio, parcial o total, que refleja la primera columna de la Tabla, y el tipo de cambio (véase primera línea de la Tabla), según que afecte al individuo o a la estructura social. De esta forma, aparecen cuatro tipos de movimiento social: *alternativos, salvadores* (que Aberle denomina redentores), *reformadores y revolucionarios* (o transformadores, como dice Aberle).

Tabla 2.9

TIPOS DE MOVIMIENTOS SOCIALES SEGÚN EL CAMBIO QUE PROPONEN

	Cambio individual	Cambio social
Cambio parcial	Alternativos	Reformadores
Cambio total	Salvadores	Revolucionarios

(Basado en Aberle 1966, y en McAdam y Snow 1997, XIX)

El interés que ofrece esta clasificación para el psicólogo social deriva del hecho de que no se refiere sólo al cambio en la estructura social (como hace la mayoría de auto-

res) sino que atañe también a los movimientos que producen cambios en el individuo. Pero ello comporta un grave problema: si estos últimos buscan un cambio exclusivamente individual, entonces no serían auténticos movimientos sociales puesto que no buscan el cambio «en la sociedad o en el grupo», como dice la definición propuesta. La dificultad es más aparente que real, como han notado algunos (McAdam y Snow 1997, XX; Turner y Killian 1987, 225) ya que, de hecho, los citados movimientos suelen defender que la mejor forma de cambiar la sociedad es la transformación de cada una de las personas y, con mayor o menor énfasis, dicen estar luchando igualmente por algún tipo de cambio social.

En realidad, los dos tipos de cambio, individual y social, se hallan interrelacionados. No sólo el cambio individual puede producir cambio social, sino también a la inversa: cuando un activista lucha solidariamente por el cambio social, ello le puede hacer madurar y sentirse mejor como persona. En la Tabla 2.10, podemos ver los objetivos de los cuatro movimientos sociales distinguidos junto con algunos ejemplos.

Tabla 2.10

## OBJETIVOS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y ALGUNOS EJEMPLOS

	Objetivo	Ejemplos de movimientos
Reformadores	Reformas específicas en el orden social vigente	Derechos civiles. Feminista
Revolucionarios	Cambio radical en el orden social: sustituirlo por otro diferente	Bolchevique. Nueva Izquierda
Alternativos	Corrección de déficit personales y hábitos nocivos. Nuevos estilos de vida	Naturista. Grupos de encuentro
Salvadores	Conversión del individuo y su total integración en el grupo	Hare Krishna. Aum Shinrikyo

Los movimientos alternativos pretenden afrontar ciertas limitaciones o déficit del individuo, como la baja autoestima, el estrés, el aislamiento o la insatisfacción en general, así como corregir ciertos hábitos nocivos como el abuso de alcohol o de drogas. También pueden proponer formas de vida que consideran saludables, como el naturismo o el vegetarianismo. Estos movimientos se multiplicaron a partir de los años 60 con la contracultura (movimiento *hippy*) y proponen nuevos estilos de vida. En buena parte, tienen inspiración psicológica y terapéutica, como ocurre con el movimiento de potencial humano y el de Grupos de encuentro.

Los movimientos *salvadores* pretenden un cambio profundo y total del individuo que se inicia con la conversión al movimiento y se prolonga en una fuerte dependencia de él,

a costa de su autonomía personal. Según estos movimientos sociales, entre los que destacan los movimientos religiosos y sectas (como Hare Krishna, Moon o los Niños de Dios), los déficit personales no pueden corregirse sin un cambio total del individuo. Un ejemplo reciente es el de Aum Shinrikyo, movimiento religioso japonés, analizado por Castells (1997), que en los años 90 se hizo lamentablemente célebre por sus atentados con gas sarin en el metro, produciendo doce muertos y más de 5.000 heridos. El objetivo de este grupo era conseguir la liberación espiritual, trascendiendo nuestro ser material, para sobrevivir a un apocalipsis que creía inminente a causa de una guerra de exterminio.

Los movimientos *reformadores* se proponen una serie de reformas específicas en el orden social vigente, como el movimiento pacifista, el ecologista, el de derechos humanos o el feminista. Gran parte de estos movimientos nacieron en los años 60 y 70 y perduran en nuestros días; son las más típicas muestras de los llamados *nuevos movimientos sociales*.

Los movimientos *revolucionarios* han intentado un cambio radical que dé paso a un orden diferente, como hizo la Revolución francesa. El siglo pasado también vio cambios de esta clase, como los que generaron movimientos revolucionarios, especialmente de signo comunista, en Rusia, China y Cuba. Actualmente, este tipo de movimientos tiene un claro significado político (a excepción de algunos de carácter fundamentalista), pero en la Edad Media e inicios de la Edad Moderna se multiplicaron los movimientos milenaristas, de origen religioso, algunos de los cuales sí llegaron a tener una orientación potencialmente revolucionaria puesto que intentaron imponer por las armas el reino de Dios en la tierra (Cohn 1957; Javaloy 1984).

A pesar del interés de la clasificación de Aberle (1966), ha de reconocerse que una de sus principales limitaciones es que no hace referencia a los movimientos que no promueven el cambio social sino que se resisten a él, como los de tipo reaccionario, que intentan regresar a antiguos valores (por ejemplo, el movimiento neonazi, que busca el esplendor pasado), o los de tipo conservador, que tratan de preservar los valores tradicionales que se están perdiendo, como la familia y la religión (Nueva Derecha) o la propia cultura original (movimientos fundamentalistas). Algunos pueden alegar que estos movimientos son reformadores porque proponen cambios aunque no progresistas sino de tipo regresivo. Nos parece un argumento un tanto retorcido.

## LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO COMPORTAMIENTO COLECTIVO

Hemos sostenido hasta ahora, de forma más o menos explícita, que el estudio de los movimientos sociales debe ir unido al del comportamiento colectivo porque ellos también presentan ciertas características básicas propias de este tipo de comportamiento. Sin embargo, esta afirmación ha sido fuertemente objetada por un buen número de sociólogos, argumentando que movimientos sociales y comportamiento colectivo deben constituir campos de estudio separados.



cultural y profesional alto pero un bajo nivel de reconocimiento social ha podido generar en ellas un sentimiento de privación favorecedor de la protesta feminista. La incongruencia produce sentimientos de privación, incomodidad e injusticia, al compararse el sujeto con grupos que ocupan posiciones sociales más consistentes (Lenski 1954).

Una importante aportación fue la de Runciman (1966), que distinguió entre privación relativa *egoísta*, o *personal* (discrepancia percibida entre las expectativas y logros personales) y privación relativa *fraternal*, o *colectiva* (discrepancia percibida entre los logros del endogrupo y exogrupo), enfatizando pues la diferencia entre hacer comparaciones intra o interindividuales y hacer comparaciones intergrupales (con un grupo de referencia). Hay diferentes consecuencias para la conducta de ambos tipos de privación ya que la privación relativa personal va asociada a respuestas individuales mientras que la otra va asociada a respuestas colectivas (Walker y Pettigrew 1984).

Se ha relacionado estas diferencias con las atribuciones de causalidad, señalándose que cuando la privación relativa es colectiva es más probable que se hagan atribuciones externas —es decir, a la injusticia del sistema— en lugar de atribuirse la frustración a deficiencias individuales (Appelgry y Niewoudt 1988). Ello confirma el estudio citado de Ferree y Miller (1985) sobre la importancia de este tipo de atribuciones en los grupos cohesivos. La relación entre privación relativa fraternal, percepción de la injusticia y protesta ha sido corroborada por muy diversos estudios (Walker y Pettigrew 1984; Klandermans 1997).

Una segunda formulación de la teoría de la privación relativa se ha referido a los cambios en las expectativas y logros que propician la aparición de incidentes violentos (Davies 1962; Gurr 1970). Nos referiremos a ella en el Capítulo 6, al estudiar la violencia colectiva.

La teoría de la privación relativa ha gozado de amplia popularidad entre los psicólogos sociales, lo cual se ha debido, en parte, a que presentaba importantes conexiones con otras teorías psicosociales. Concretamente, dichas conexiones se advierten en relación con la teoría de la agresión por frustración (la privación relativa es también llamada frustración relativa), con la teoría de la disonancia cognitiva y con la teoría de la comparación social (las discrepancias percibidas en la privación relativa se producen al hacer comparaciones) y la teoría de la equidad y la justicia distributiva (paralela a la idea de la privación relativa sobre lo que uno tiene derecho a conseguir). La investigación ha puesto el acento en torno a los nexos existentes entre privación relativa, comparación social y teorías de la equidad (Tyler y Smith 1998; Olson, Herman y Zanna 1986; Crosby y Miren 1984). La teoría de la privación relativa ha sido sumamente controvertida. Incluso las evaluaciones sobre estudios realizados han sido polémicas, mientras que Crosby (1976) revisó cerca de 100 estudios y concluyó que apoyaban en algún grado la teoría. Gurney y Tierney (1982) analizaron los principales trabajos realizados durante 20 años y llegaron a la conclusión contraria. Se ha argumentado con fundamento que la confusión podría deberse a la no distinción sistemática entre *privación relativa egoísta* y *fraternal* (Walker y Pettigrew 1984).

Entre las críticas concretas a la teoría, se le ha acusado de individualismo, pero ello sólo tiene sentido con respecto a la privación personal, no con referencia a la privación colectiva. Se ha notado también, con acierto, que el sentimiento de frustración, cuando se cronifica, puede conducir a la apatía en lugar de a la protesta (Oberschall 1973). Más elaborada ha sido la objeción de que los teóricos de la privación relativa suelen proponer un modelo unidireccional de causalidad (la privación relativa influye en la aparición de movimientos sociales) cuando en realidad la causalidad es bidireccional ya que los movimientos sociales pueden producir percepciones de privación relativa (Gurney y Tierney 1982, 38). Así, un movimiento con una ideología ambiciosa puede elevar notablemente las expectativas de los participantes, y por tanto, la experiencia de privación; por otra parte, los pequeños logros conseguidos en la acción colectiva pueden incrementar la sensación de privación o injusticia respecto a lo que queda por conseguir. Aunque existan desigualdades estructurales antes de aparecer el movimiento social, la percepción de la privación puede surgir sólo después de hacer propias las creencias del movimiento y participar en sus acciones (Lederer 1986, 362).

A pesar de las críticas, la realidad es que, desde que a mitad de la década de 1980, se reavivó el interés por los factores psicosociales, se han multiplicado los estudios que constatan la importancia de los sentimientos de frustración e injusticia que acompañan a la privación relativa. Se ha llegado a decir que la privación relativa es la materia prima a partir de la cual se genera la predisposición individual a la movilización (Neidhardt y Rucht 1993) y que el sentimiento de injusticia compartido se halla en la raíz de toda protesta (Klandermans 1997, 18). Sin embargo para que el descontento se convierta en acción colectiva deben concurrir también otros factores —como la solidaridad grupal, o construcción de una identidad compartida, organización y un contexto político favorable— que serán destacados por otras teorías.

## Teoría de la identidad social

Tajfel propuso una teoría de las relaciones intergrupales a partir de unos estudios sobre la naturaleza de la conducta grupal que pusieron de manifiesto que los individuos cambian su forma ordinaria de actuar cuando se sienten miembros de un grupo (Tajfel y otros 1971). Sus experimentos demostraron que basta la mera asignación de un individuo a un grupo o categoría social, para que surja un tipo de comportamiento nuevo, no impulsado por motivos personales sino por el deseo de favorecer los intereses del grupo del que se siente miembro (véase Cuadro 4.2)

Tajfel (1981) ha aplicado su teoría a las minorías que se organizan en forma de movimiento social. Este autor considera que todo miembro de una minoría tiene una identidad social, es decir, un conocimiento de que pertenece a ciertos grupos junto con un significado emocional y valorativo que asocia a dicha pertenencia. Ahora bien, todo individuo y todo grupo busca una identidad positiva, es decir, una forma de lograr y conservar la estima propia, una manera de afirmar una imagen tan favorable como sea

## **A favor del estudio conjunto de movimientos sociales y comportamiento colectivo**

Concretamente, a partir de los años 70 se fue extendiendo la opinión de que el estudio de los movimientos sociales debía desvincularse de la psicología social y quedar enmarcado en el contexto de la sociología política y de la teoría de las organizaciones (Zald y McCarthy 1979). Aunque ya tenemos constancia de que estas ideas han ido evolucionando, continúa siendo frecuente el criterio de que el comportamiento colectivo y los movimientos sociales no tienen nada importante en común y que la psicología social debe focalizar su atención en los fenómenos esporádicos y triviales de comportamiento colectivo, y no en los movimientos (véase, por ejemplo, las referencias de Gelles y Levine 1995, 573, 587).

La amplia polémica suscitada por el problema exige que se expliciten aquí las razones por las que los movimientos sociales pueden considerarse, en parte, formas de comportamiento colectivo, lo cual justifica su estudio conjunto. Con todo, ello deberá hacerse sin ocultar algunas características peculiares del movimiento social que le apartan del comportamiento colectivo.

Una primera razón a favor del estudio conjunto es de tipo *práctico* porque los episodios de comportamiento colectivo y las acciones concretas de los movimientos sociales suelen estar entrelazados, de tal manera que para comprender adecuadamente tales acciones debe tenerse en cuenta el comportamiento de las multitudes y las reacciones de las masas que el movimiento ha estimulado (Marx 1980, 263). A su vez, las acciones de los movimientos permiten con frecuencia comprender mejor el comportamiento de las masas y multitudes. Puede decirse que gran parte de la acción de algunos movimientos sociales consiste en una serie de incidentes de comportamiento colectivo. Además, es posible observar una serie de pautas comunes de interrelación, como por ejemplo, que la conducta de la multitud puede conducir a un movimiento más organizado, que el movimiento social utiliza estratégicamente las multitudes y que las masas pueden también tener importantes implicaciones para un movimiento social (Marx 1980, 263).

Sin embargo, la razón que consideramos más fuerte a favor del estudio conjunto del comportamiento colectivo y los movimientos sociales, es de tipo *conceptual* y se basa en las características que ambos comparten. Vamos a verlo a continuación, pero, al mismo tiempo, resaltaremos también los aspectos diferenciadores que destacan entre el comportamiento colectivo y los movimientos sociales.

## **Elementos comunes y diferencias entre comportamiento colectivo y movimientos sociales**

El movimiento social puede considerarse como una forma de comportamiento colectivo porque comparte con este último sus dos rasgos básicos definitorios, es decir,

*emergente y no institucional* (Goode 1992; Turner y Killian 1987). El carácter no institucional es evidente en el movimiento social puesto que desafía el orden establecido preconizando un cambio social o resistiéndose a él. La importancia de la *espontaneidad*, que fue obviada por buena parte de los estudiosos de los movimientos en los años 70, está siendo, recientemente, cada vez más reconocida (Rosenthal y Schwartz 1989; Zald 1991), como ocurre también con un aspecto derivado de ella: las *emociones* (Goodwin et al., 2000). La espontaneidad está relacionada con la situación problemática o de tensión que afronta el movimiento y puede estar vinculada también al hecho de que los miembros del movimiento no saben cuál va a ser la respuesta de los oponentes a la acción realizada, lo cual les obliga a improvisar formas de conducta no previstas (Goode 1992, 429).

El carácter *no institucional* del movimiento se traduce en oposición al orden social, con lo que adquiere una dimensión política e ideológica, mientras que el comportamiento colectivo se limita a situarse fuera del orden que crean las instituciones (Goode 1992, 31), aunque hay excepciones, como los motines o revueltas. En resumen, el comportamiento colectivo es simplemente *extrainstitucional*, mientras que el movimiento social es, de alguna forma, *antiinstitucional*.

**Tabla 2.11**

**DIFERENCIAS ENTRE EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO Y EL MOVIMIENTO SOCIAL**

Comportamiento colectivo	Movimiento social
Espontáneo	Más planeado, menos espontáneo
Ajeno al orden institucional	Opuesto al orden institucional
Transitorio	Duradero
Relativamente no organizado	Organizado
Conducta menos intencional y propositiva;	Conducta intencional, propositiva;
Conducta expresiva	Conducta instrumental

↳ consolidado

(Basado en Goode 1992, 30-31)

A medida que el movimiento social va evolucionando, va acentuándose la conducta planeada, mientras que la espontánea se hace menos frecuente. Al mismo tiempo, como observa Goode (1992, 30-31), se van explicitando características que resaltan las diferencias entre el movimiento social y el comportamiento colectivo (véase Tabla 2.11). El movimiento consolidado resiste el paso del tiempo y se estructura cada vez más, haciéndose duradero y organizado. La conducta refuerza su carácter intencional, propositivo e instrumental, y se vuelve menos expresiva. Estas características han influido en el hecho de que, a partir de los años 80, cuando los sociólogos se refieren a la conducta intencional propia de los movimientos políticos tengan preferencia por el término *acción colectiva* (Miller 2000, 14).



Aunque la Tabla adjunta puede resultar muy útil, algunos tal vez interpreten que da una imagen estática, monolítica del movimiento social, a pesar de que hemos constatado que va evolucionando y transformándose con el paso del tiempo. Ello nos ha inducido a pensar que es necesario profundizar con más detalle en el tema teniendo en cuenta las dos fases, inicial y posterior, del movimiento.

### **Movimiento emergente, movimiento maduro y comportamiento colectivo**

Al referirse a las dos fases del movimiento, Marx y McAdam (1994, 73) establecen una significativa distinción entre *movimiento emergente* y *movimiento maduro*, realizando un análisis de ambos que tomamos aquí como referencia. El movimiento emergente se halla en estado más o menos embrionario mientras que el movimiento maduro se ha estructurado y ha creado sus propias organizaciones. Ello arroja considerable luz para comprender mejor la conexión entre el movimiento social y el comportamiento colectivo, a la vez que la naturaleza de ambos. Puede servir de ejemplo de movimiento emergente, el caso del movimiento feminista radical de los años 60 (véase Cuadro 2.5).

**Tabla 2.12**

#### **RASGOS DEL MOVIMIENTO EMERGENTE Y DEL MOVIMIENTO MADURO**

<b>Movimiento emergente</b>	<b>Movimiento maduro</b>
<p><i>Comportamiento colectivo.</i></p> <p>Más emergente y espontáneo  Menos institucionalizado  Menos organizado  Grupos informales; crean comisiones específicas  Se apoya en instituciones estables y grupos ya establecidos  Actividades típicas: acción directa, proselitismo  Miembros informales; dirección ejercida por grupo  Periodo relativamente breve  Número limitado de miembros</p>	<p>Más planeado  Más institucionalizado  Más organizado  Organizaciones formales  Se apoya en la propia estructura organizativa del movimiento  Actividades típicas: debates y reuniones  Miembros formales; liderazgo  Periodo más prolongado  Mayor número de miembros</p>

(Basado en Marx-McAdam 1994, 73-75, 95-96)

El *movimiento emergente* exhibe más netamente las características del comportamiento colectivo. En su fase de despertar, el movimiento es más espontáneo y emocional, se diferencia más de las instituciones y carece de organizaciones formales. Su funcionamiento se basa en grupos informales de amigos y compañeros y en comisiones